

A este artículo de Emir Rodríguez Monegal, que se desconoce si alguna vez se publicó o aún permanece inédito, se accedió por medio de una fotocopia del texto mecanografiado, con correcciones manuscritas de su autor. En esa copia no consta la fecha de redacción.

Alguna corrección manuscrita no resultó descifrable, por lo que aparecen puntos suspensivos en el correspondiente lugar del texto. Hay espacios en blanco en el original mecanografiado, que corresponden a fechas o datos numéricos que el autor no había incluido aún en el trabajo. Por ello cabe concluir que no se trata de un texto ya plenamente corregido y terminado.

“URUGUAY

Si el Uruguay estuviera situado en Europa, sería uno de los tantos pequeños países como Suiza o Dinamarca, Polonia o Bulgaria, que hoy tratan de sobrevivir en un mundo cada vez más unificado por la tecnología de las grandes potencias. Pero situado como está en América del Sur, el Uruguay no es sólo el país más pequeño de esa región (175.000 km²; 2 millones 900 mil habitantes), sino el más exótico. Su exotismo consiste en no ser bastante latinoamericano, en no conformarse del todo a un supuesto modelo.

En un continente que se caracteriza por una geografía desmesurada —grandes selvas, enormes cordilleras, desiertos de fuego o de hielo, con inmensos ríos, volcanes y terremotos—, el Uruguay resulta una anomalía. Está situado por completo fuera de la zona tropical o subtropical (30°5' y 34°58' de latitud sur y 53°12' y 58°34' de longitud); no tiene cordilleras ni montañas muy altas (Sierra de las Ánimas 540 m.); carece de desiertos, selvas o terremotos. Casi toda la superficie del país es habitable y de clima templado. La tierra es en general fértil y se parece, por su topografía ondulada y su clima, a las zonas del Norte del Mediterráneo o del centro de los Estados Unidos.

También es exótico el Uruguay desde el punto de vista de su población. En un continente que tiene la tasa de crecimiento demográfico más alta del mundo, el Uruguay tiene casi la misma tasa de crecimiento de países desarrollados como Francia, el control de la natalidad es una vieja costumbre allí. En un continente mestizo, con grandes núcleos de población indígena que continúan viviendo como en la época colonial y que todavía no tienen acceso a la cultura moderna, el Uruguay es el único país latinoamericano que no tiene poblaciones indígenas y en que ya a fines del siglo XIX los aborígenes están totalmente mezclados y diluidos en una población predominantemente blanca y en su mayoría de origen inmigratorio.

De ahí el exotismo de la cultura uruguaya en el contexto de la latinoamericana. Los cuatro mil indígenas que habitaban el Uruguay antes de la conquista española, vivían en un estadio muy primitivo de cultura. Divididos en varias tribus (la más importante, la de los charrúas) estos indígenas eran nómades, practicaban sólo una agricultura muy primitiva, y han dejado pocas huellas arqueológicas. Por su ferocidad, eran el terror de sus vecinos, los guaraníes del Paraguay, los que a su vez eran considerados salvajes por los Incas del Perú. Este escalafón explica que los españoles no hayan podido dominar y colonizar a los charrúas, como sí lo hicieron con los incas y guaraníes. Aún a mediados del siglo XVIII, seguían levantándose contra el invasor blanco y asolando lo que consideraban legítimamente suyo. Las últimas poblaciones indígenas del Uruguay fueron destruidas al constituirse el país como nación independiente. Los últimos cuatro charrúas, que aún vivían como tales, fueron llevados a la Exposición internacional de París [...], y allí murieron, dando razón a los que sostienen que los uruguayos son tan afrancesados que hasta sus indios prefieren morir en París.

Sea como fuere, no dejaron una tradición cultural viable aunque tal vez los uruguayos hayan heredado de los charrúas el espíritu independiente y beligerante. Esto no quiere decir, como han escrito algunos historiadores, que no haya un aporte indígena a la población uruguaya. Lo hay, y esto lo advierte hasta el más superficial observador. Es válida la anécdota del realizador británico de filmes documentales, John Grierson, que de paso por Montevideo, en 1959, cuando le dijeron que no había indios en el Uruguay, replicó que él había estado observando a la gente en la calle y que había encontrado muchas personas con rasgos indígenas, por lo que sacaba la conclusión de que tal vez no haya indios en el Uruguay pero que debía haber por lo menos uno, muy activo, y con una bicicleta.

Por razones que se explicarán más adelante, tampoco la corona española tuvo mayor interés en el Uruguay hasta principios del siglo XVIII. Sólo a partir de esa fecha empieza realmente la colonización. Desde el punto de vista histórico, el Uruguay resultó privado no solo de una cultura indígena rica y valiosa (como la de los aztecas en México, los mayas de Guatemala, los incas en el Perú) sino también de la cultura colonial española que florece en América Latina entre los siglos XVI y XVIII. El Uruguay es un país que comienza realmente a existir en el momento de la decadencia del Imperio español y cuando se inicia la edad moderna.

Hay otros aspectos del exotismo del Uruguay dentro del contexto latinoamericano. A diferencia de México, de Cuba, de América Central, de Colombia, de Venezuela, incluso de Brasil, el Uruguay (como la Argentina) es un país que se libera de España no para caer en la órbita de la influencia política y económica de los Estados Unidos sino de Gran Bretaña. Hasta 1914, el Uruguay funciona, desde el punto de vista de su economía y su orientación política internacional, como si fuera un estado asociado del Imperio británico, un huésped de esa comunidad mundial. Aunque la influencia británica se debilita entonces, continúa bastante firme hasta finales de la segunda guerra mundial. Sólo en 1945, al reorganizarse la Commonwealth con un sentido proteccionista, el Uruguay queda afuera y empieza a gravitar inevitablemente hacia la órbita norteamericana. Pero sus estrechos vínculos con Inglaterra (principal responsable de la creación del Uruguay como país independiente) no se extienden a lo cultural. Región colonizada por España en pleno siglo XVIII, cuando dicho país estaba bajo la influencia francesa, el Uruguay lleva desde sus orígenes el sello del Enciclopedismo, del rasgo racionalista del pensamiento francés, de la concepción analítica de la cultura humanística. Pero también lleva el sello de una admiración por todo lo que produce aquella nación que llega a veces a extremos patéticos de colonialismo cultural. Como ha dicho Aldo Solari, uno de los principales sociólogos uruguayos, hay todavía mucha gente que cree allí que Francia es el país más democrático del mundo. Aún hoy que la influencia de la tecnología americana en el mundo (incluso en Francia) es cada vez mayor, y que la misma Sorbonne está en crisis, el Uruguay sigue adorando a los viejos dioses del humanismo tradicional.

Un último rasgo de exotismo: el Uruguay es el único país suramericano que dedica una mayor parte de su Presupuesto a Educación [...] que a Defensa (0,9%). En tanto que no hay servicio militar obligatorio y el Ejército cumple funciones más decorativas que reales (los dos vecinos, Argentina y Brasil, son demasiado poderosos para pensar en enfrentarlos en ninguna acción bélica), la Educación primaria, gratuita y universal, data de 1877; la Educación secundaria y universitaria es también gratuita desde principios del siglo XX; la tasa de analfabetismo es la más baja de América del Sur (un 10% para los mayores de 15 años) y existe por la tanto una gran homogeneidad cultural en su población. Esta diferencia notable entre el Presupuesto de Educación y el de Defensa explica el carácter democrático y civilista del estado uruguayo, su estabilidad en un continente amenazado siempre por la violencia, muchas veces promovida por la intervención de las fuerzas armadas nacionales. Incluso explica la experimentación que allí ha tenido lugar con formas muy sofisticadas de organización democrática. Más de una vez, se intentó reformar el Ejecutivo, convirtiéndolo en un Cuerpo colegiado de nueve miembros, en que estuvieran representados (en la proporción de seis y tres) los dos partidos mayoritarios. Por diversas causas, el experimento incompleto de 1917 y el más completo de 1952/1966, no resultaron viables pero sirvieron para demostrar una fuerte tendencia a la participación y al compromiso político en la democracia uruguaya.

Estas circunstancias geográficas, históricas, demográficas y culturales, explican que el Uruguay haya sido el primer país latinoamericano en intentar la creación del Welfare State. Hacia 1920, cuando el resto de las naciones latinoamericanas se debatía ante problemas así insolubles de analfabetismo, desigualdad social y económica, grandes núcleos de población indígena inasimilable, miseria y explotación, ya el Uruguay había desarrollado un sistema de seguridad social que era no sólo único en América Latina sino de los más avanzados del mundo. Es en las dos primeras décadas del siglo XX que se producen las reformas que transforman al Uruguay en un Welfare State: pensiones y jubilaciones muy generosas y que abarcan todas las profesiones y trabajos; educación secundaria y universitaria gratuita; leyes de divorcio que amparan a la mujer; jornada máxima de trabajo de ocho horas; abolición de la pena capital y legislación judicial extraordinariamente modernas: separación de la Iglesia y del Estado.

De esta manera, la imagen que proyecta Uruguay dentro del contexto latinoamericano es la de un país que no corresponde a las formas tradicionales de la organización latinoamericana y que, en cambio, corresponde más a la de una nación moderna de Europa. Aunque esta imagen necesite algún retoque y calificación es, aún hoy, verdadera. Para comprender cómo ha sido posible llegar a este Uruguay de hoy, hay que repasar con algún detalle el curso de su evolución histórica, política, social y económica.

Historia: los orígenes

Desde el punto de vista del Imperio español, el Uruguay no tenía ningún interés. No había allí ni oro ni plata, ni productos tropicales codiciados en Europa, ni poblaciones abundantes y dóciles. Había un pequeño grupo de indígenas feroces y celosos de su independencia. Aquella era, verdaderamente, la última frontera del Imperio. El régimen de centralización y monopolio que estableció la corona española para la administración económica del Imperio creó, en la zona del Caribe, una sola puerta de entrada para toda América. A pesar de estar situado el Uruguay en un lugar de fácil acceso desde Europa (sobre el Atlántico Sur, y en la margen Norte del anchísimo Río de la Plata, con algunos puertos naturales tan notables como Colonia, Montevideo y Maldonado), el país estaba destinado a ser la última estación en la cadena de comunicaciones del Imperio español. La flota que salía de Sevilla cruzaba el Atlántico medio hacia el Caribe, desembarcaba sus mercaderías en Puerto Bello (en el istmo de Panamá) o en Veracruz (México). De Panamá, la mercadería iba por tierra hasta el Perú y, atravesando la cordillera de los Andes, hasta el Paraguay y la Argentina, antes de llegar (si llegaba) al Uruguay. Un pañuelo, tejido en Holanda con algodón peruano, podía costar doscientas veces más el precio original del algodón después de haber realizado la materia prima un doble viaje de América a Europa y viceversa, cumpliendo así el ciclo mercantilista más disparatado del mundo, como han apuntado los historiadores. La ruta directa por el Atlántico (que hubiera reducido los precios a la mitad, por lo menos) estaba prohibida.

Por otra parte, no había mayor apuro por llegar al Uruguay. Los conquistadores y colonizadores españoles de los siglos XVI y XVII no encontraron allí nada que pudiera interesarles realmente. Incluso Sebastián Gaboto, que en 1526 bautizó al Río de la Plata con ese nombre tan sonoro porque creyó que por allí se encontraría un camino más corto hacia las minas de Plata del Perú, habría de resultar mayor optimista que geógrafo. Es cierto que por el estuario del Plata se podía ascender hasta el corazón de América y encontrar así una ruta hasta el Perú. Pero la naturaleza había interpuesto en la ruta inmensos ríos, selvas, una cordillera de montañas, lo que la hacía impracticable y más onerosa que la del Pacífico.

Aún en aquella misma región del Atlántico Sur había otras tierras más codiciables que el Uruguay. Aunque también feroces, los indios argentinos eran menos hostiles y soportaron hasta dos fundaciones de Buenos Aires; remontando el Paraná, uno de los grandes afluentes del Plata, se encontraban los guaraníes en la zona que hoy es

el Paraguay. Allí había frutos exóticos, indígenas agricultores, mujeres en abundancia. Los españoles fundaron Asunción y convirtieron esta población en el centro de la cuenca del Plata. Era una tierra paradisíaca en comparación con el Uruguay. No es casual por eso mismo, que Voltaire situara en aquellas zonas el país de El Dorado, en la fantasía satírica titulada *Candide* (1750).

Hasta entrado el siglo XVIII el Uruguay queda librado a la mano de Dios. La única actividad colonizadora que intentan los españoles (fuera de la fundación de alguna población, como Soriano, por sacerdotes misioneros), es la introducción de ganado vacuno y caballar que habrá de criarse, salvaje y fecundo, en las vastas llanuras del país. Ese ganado será la base de la riqueza del país futuro. Aún hoy, el escudo nacional celebra en las imágenes de un caballo y una vaca ese acto de impremeditada sabiduría que tuvo el colonizador español Hernandarias. Sólo cuando la expansión hacia el Sur de la conquista portuguesa pone en peligro a Buenos Aires, los españoles deciden colonizar el Uruguay.

De hecho, los primeros en descubrir su valor estratégico y su riqueza pecuaria fueron los portugueses que, en 1680, fundaron en el extremo Oeste de Río de la Plata la Colonia del Sacramento. Esa población fortificada era la llave que controlaba todo el estuario del Plata. Allí llegaba la plata clandestinamente, desde el Potosí (en Perú) y era enviada, junto con los cueros del ganado disperso en las praderas uruguayas, hasta el mercado de Lisboa. Por Colonia penetraban clandestinamente en el Río de la Plata, y de allí seguían hasta el Pacífico, esclavos, azúcar y sobre todos los productos que empezaba ya a producir Inglaterra, en pleno comienzo de su Revolución industrial. Los portugueses fueron, pues, los primeros en crear en aquella zona una economía basada en la clandestinidad, en el contrabando. Burlando los principios de la centralización y el monopolio comercial del Imperio español, descubrieron el flanco débil del mismo. De esa manera, el Uruguay que era la última frontera, una tierra de nadie, por el ganado y los contrabandistas, se convirtió en una puerta de acceso.

Para cerrarla, y también para proteger a Buenos Aires, que ya se empezaba a ver como el verdadero centro de esa región, España decide crear en 1724 una fortaleza militar en el Cerro que domina la bahía de Montevideo y luego, en 1726, una ciudad en el extremo opuesto de la bahía. Montevideo será, pues, desde los orígenes, una ciudad auxiliar, accesoria, de Buenos Aires. Es la suya una fundación muy modesta y de fines puramente utilitarios.

Durante todo el siglo XVIII, Montevideo no pasa de ser una ciudad de segundo orden, que sirve sobre todo para administrar la tierra que queda al Norte, tierra de ganado bravío, habitada casi exclusivamente por jinetes más o menos nómades, verdadera frontera a lo Far West. Sólo que los cowboys se llaman allí *gauchos*, palabra que deriva de otra española, *gaucho*, que quiere decir: huérfano, o (eufemísticamente) sin padre conocido. El siglo XVIII es la apoteosis del gaucho. Descendiente de españoles, indígenas y aún negros, mestizo por los cuatro costados, el gaucho es el verdadero dueño de una región sin alambrados ni fronteras que tiene por centro geográfico al Uruguay pero se extiende sobre las provincias argentinas del lado occidental del Río Uruguay, y sobre el Sur del Brasil, donde los gauchos son llamados *gaúchos*.

El poblador de esa tierra de nadie ha llegado desde las zonas más remotas de la cuenca del Plata. Es santafecino, cordobés o guaraní; es también portugués y hasta puede ser inglés. Pero lo que lo caracteriza no es su origen ni su lengua también [...] sino su estilo de vida. Vive a caballo, es totalmente independiente, es uno de los trabajadores mejor pagados de la época. Lo que ganaba un gaucho por su labor, muy especializada, es cierto, no tenía equivalente en el Imperio español. De ahí que la profesión atrajese a hombres de toda la cuenca del Plata. Allí, en ese crisol salvaje, se forma una nueva raza mestiza que será el núcleo originario de la población uruguaya, hecho que tan bien ilustran las novelas de Acevedo Díaz (1851-1921).

Hasta fines del siglo XVIII, el Uruguay es poco más que una enorme estancia, sin límites ni autoridad reconocida, y Montevideo apenas un centro que trataba de controlar el contrabando de cueros y esclavos. Entonces, la corona española reconoce por fin que esa zona del Imperio es potencialmente más rica que otras. Ha pasado la fiebre del oro y la plata, al agotarse las minas, la seducción de los productos tropicales americanos no es tan grande ahora que son más accesibles las rutas al Asia y Oceanía. La expansión económica de Europa tiene otro signo. Cada vez, Gran Bretaña gravita más sobre el destino de Europa y del mundo; las necesidades de su revolución industrial se hacen sentir en todas partes. España trata de ponerse al día. Entonces las desdeñadas riquezas de la zona del Plata (ganado que sirve para la alimentación, vestimenta, transporte) resultan evidentes. A la zaga de los portugueses y de los ingleses, España descubre un nuevo Eldorado. Como pasó en California al terminar la fiebre del oro, los frustrados mineros descubrieron que la tierra también daba otros frutos maravillosos. El Uruguay sale entonces de su condición de última frontera del Imperio español.

España decide una reforma importante en la estructura administrativa y económica del Imperio. En 1776, saca al Río de la Plata de la tutela del Perú y crea un Virreinato nuevo, con sede en Buenos Aires. El cambio mejora la situación de Montevideo pero no radicalmente: sigue siendo una ciudad auxiliar de Buenos Aires, la administradora de su estancia oriental. Pero Inglaterra tenía otros designios. El episodio culminante, del punto de vista militar, es la expedición del comodoro Popham en 1806. Sin órdenes explícitas de la corona británica, pero tal vez con su anuencia tácita, Popham organiza desde África del Sur una expedición que ocupa Buenos Aires, es expulsada luego por las fuerzas combinadas de los argentinos y uruguayos, contraataca con refuerzos llegados de Inglaterra, ocupa Montevideo durante siete meses, en 1807 intenta, sin éxito, la reconquista de Buenos Aires. Este episodio (que se conoce en la historia local como las “invasiones inglesas” pero que en la historia británica casi no se registra, por su escasa importancia) tuvo graves consecuencias para el Río de la Plata.

En primer lugar, demostró a los administradores locales que España ya no estaba en condiciones de defenderlos de una agresión extranjera; en segundo lugar, demostró que ellos estaban en condiciones de defenderse solos; en tercer lugar, puso más en evidencia aún que el sistema de monopolio español no sólo era absurdo sino que estaba obsoleto. Porque los ingleses no sólo trajeron soldados y artillería; también trajeron barcos mercantes y comerciantes, ávidos de abrir nuevos mercados. Las invasiones inglesas fueron el *dress rehearsal* de la revolución de la independencia que se inicia en 1810.

Para el Uruguay, la independencia del poder español creaba un problema sutil. Independizarse de España no significaba independizarse de Buenos Aires. Se cambiaba un padre remoto y casi senil, por un *Big Brother*, muy poderoso y cercano. De ahí que Uruguay haya tardado en sumarse al movimiento de la independencia, y que, al adherirse, lo haya hecho para defender un proyecto federalista copiado de la Constitución de los Estados Unidos de América. El héroe nacional, José Artigas (1764-1851), lucha primero contra los españoles, luego contra los argentinos y finalmente contra los portugueses y argentinos combinados para imponer el triunfo de su causa. Derrotado finalmente en 1820, se retira al exilio en el Paraguay.

El Uruguay parece destinado a ser un apéndice de Buenos Aires, o una provincia más del Imperio portugués o brasileño. (En 1821, Brasil se separa de Portugal y proclama su independencia). Aquí interviene dramáticamente Inglaterra. De la misma manera que los Estados Unidos fomentaron en 1903 la separación de Panamá de Colombia, para obtener así el control estratégico de aquella zona, Inglaterra interviene entonces en el Plata para evitar que el Uruguay sea absorbido por uno de sus dos poderosos vecinos. Fomentado el movimiento independentista que en 1825 se alza contra la dominación brasileña, Inglaterra consigue que en una Convención Preliminar de Paz, tanto la Argentina como el Brasil, acepten la creación de un Estado que se llamará República Oriental del Uruguay (por estar situado en la orilla oriental de este río). El nuevo país se convierte pues en un *buffer state*, y en una pieza más (como Gibraltar, como Aden, como Singapur) de la estrategia imperial británica. Bajo la tutela económica y política británica, como parte del Imperio aunque sin perder sus características hispánicas, el

Uruguay seguirá durante todo el siglo XIX y parte del XX el curso de una economía que le exigía únicamente mantener la producción de carnes, cueros, lana y trigo, y le permitía desarrollar moderadamente una pequeña industria frigorífica. Esta situación habría de recibir duros golpes con la guerra de 1914, la crisis económica de 1929 (que en el Uruguay se siente, con algún retraso, en 1931) y sobre todo de la segunda guerra mundial.

Creado como país independiente por la voluntad de Gran Bretaña, el Uruguay fue antes un Estado que una Nación. O al menos eso es lo que han sostenido muchos historiadores. Desde el punto de vista local, el Uruguay pertenece a la misma entidad nacional que la Argentina. Hay más puntos de contacto entre el Uruguay y las provincias argentinas de la margen occidental del río Uruguay, que entre dichas provincias y el resto de aquel país. El sueño federal de Artigas, que Buenos Aires combatió, esas Provincias Unidas del Río de la Plata, es más viable como proyecto que la idea de un Uruguay independiente. Incluso los hombres que lucharon por la Independencia en 1825 querían unirse a la Argentina y revivir la idea federal. Pero las ambiciones monopolistas de Buenos Aires, el apetito imperial de Brasil y las necesidades de la estrategia imperial británica forzaron la creación del Uruguay. Esa creación de un país artificial impuso condiciones extremas. El Uruguay respondió a esas condiciones creándose como un país completamente distinto a los demás de América Latina y, por eso mismo, tan exótico.

Historia: el Estado uruguayo

Si bien Gran Bretaña impulsó la creación de un buffer state no se ocupó de diseñar el blueprint. Fueron las circunstancias históricas, más el genio uruguayo para encontrar soluciones de compromiso, lo que determinó la estructura tan peculiar del Uruguay moderno. Sin ánimo de recorrer paso a paso hasta nuestros días la evolución del Uruguay independiente se puede marcar un proceso que tiene varias etapas. La primera es la consolidación de la independencia. Tanto Brasil como Argentina no renunciaron a influir decisivamente sobre el nuevo estado. El siglo XIX es testigo de una lucha, a veces explícita, a veces subterránea, de los dos países por controlar el destino del Uruguay. Las luchas por la independencia habían determinado la creación de dos partidos políticos, los blancos y los colorados, que hasta hoy se sucederán alternativamente en el poder. Distinguidos por los colores de las divisas que usaban en las guerras civiles (hay unas cien revueltas y golpes de estado en el curso del siglo XIX), estos dos partidos responden no solo a intereses nacionales muy legítimos, también a intereses internacionales. Históricamente, los blancos dependen más de Argentina, los colorados del Brasil. Así, entre 1843 y 1952, durante diez largos años, Montevideo es sitiado por las fuerzas del dictador argentino Juan Manuel de Rosas, que apoya al general Oribe, presidente blanco depuesto por los colorados, en tanto que el gobierno colorado de Joaquín Suárez cuenta con el apoyo de Brasil, Inglaterra y Francia. Una lucha interna del Uruguay se convierte en pretexto de contienda internacional por el dominio del estuario del Plata. En esa lucha participa Giuseppe Garibaldi, con sus camisas rojas, en un anticipo de sus más célebres campañas europeas por la unidad de Italia. El novelista francés Alexandre Dumas novelizó el sitio en *Montevideo o Una Nueva Troya* (1850). Por su parte, William Henry Hudson escribió otra novela, *The Purple Land* (1885), para contar las aventuras de un inglés, Richard Lamb, en una tierra que la sangre derramada en las guerras y revoluciones había convertido en purpúrea. Se puede decir que en esa década el Uruguay fue uno de los Vietnam del siglo XIX.

La derrota de Rosas en la batalla de Monte Caseros, 1852 –en que participaron, además de las fuerzas argentinas antirrosistas, tres mil brasileños y dos mil uruguayos-, determina el triunfo de la intervención europea en el Plata y certifica la Independencia política del Uruguay. Pero si los colorados conservan allí el poder, quedan en gran deuda con el Brasil. Esa deuda será pagada poco después cuando el Brasil obligue al Uruguay a unirse a él y a la Argentina para atacar el Paraguay (1865-1870). Aunque el Uruguay no tenía ningún propósito de expansión imperialista, tuvo que participar en una guerra que liquidó políticamente al Paraguay, le hizo perder la mayor parte de su población masculina y grandes zonas de su territorio que pasaron al poder de sus dos vecinos mayores. Paraguay fue entonces la Polonia de América del Sur.

Mientras tanto, el Uruguay continuaba su proceso de formación independiente. Un ciclo de dictaduras militares que es la secuela de estas guerras habrá de concluir en 1880, con la renuncia del General Latorre. (Como Bolívar dijo de los latinoamericanos, aquél también opinó que los “uruguayos son ingobernables”). De este modo se consolida la lenta pero firme orientación del país hacia una organización realmente democrática. Esta parte de la evolución histórica del país está dominada por la figura del líder colorado José Batlle y Ordóñez (1856-1929), que termina con el caudillismo militar en la última guerra civil de importancia (1904) e impone el respeto a las elecciones democráticas. A través de las dos presidencias de Batlle y su permanente influencia rectora sobre el partido se cambia por completo la estructura social y económica del Uruguay, convirtiéndolo en el primer Welfare State de la América Latina.

Para la realización de sus planes de modernidad, Batlle se apoya sobre todo en la existencia de una población nueva. Esa población deriva en parte de los primeros pobladores mestizos de españoles con indios y negros, pero sobre todo deriva del aporte de grandes masas inmigratorias que habían llegado al país ininterrumpidamente en la segunda mitad del siglo XIX. Esas masas provenían de las regiones más pobres de España y de Italia, y eran atraídas al Uruguay por la existencia de condiciones de vida muy superiores a las de sus tierras de origen. La economía uruguaya había permitido, ya desde el siglo XVIII, un alto salario para los trabajadores de la industria agropecuaria, una actividad comercial bastante próspera para los comerciantes ciudadanos y una abundancia de oportunidades para quienes sólo pudieran dedicarse al servicio doméstico. Los inmigrantes pronto encontraron oportunidades en un mercado de trabajo que no requería una especialización profesional muy grande. Por otra parte, el clima templado, una geografía agradable, la semejanza de esta zona de América del Sur con las zonas europeas de la que provenían los inmigrantes, facilitaba aún más la radicación.

Desde otro punto de vista también el país ofrecía un refugio seguro a los inmigrantes. Como el Uruguay casi no tuvo el régimen colonial español, no existía allí (como en México o en las Antillas o en el Perú) una sociedad colonial estratificada y de difícil movilidad. Por el contrario, los primeros pobladores del país eran gente más o menos humilde. Es cierto que al final del período colonial se había creado una pequeña oligarquía, pero era de límites poco diferenciados. Esa aristocracia fue la que en parte hizo la revolución de la independencia. Se le da el nombre de patriciado, porque esos hombres hicieron la patria, pero ese grupo fue pronto impregnado por gentes que venían de otras capas sociales, pequeños comerciantes, contrabandistas, profesionales. En general, los patricios aceptaron la incorporación de estos nuevos hombres a los estratos más altos de la sociedad. Después de la Guerra Grande, el patriciado pierde la influencia rectora en la vida económica e incluso pierde mucha de sus propiedades, conservando sobre todo una influencia en la vida política y cultural del país. Ya en esa etapa, es muy corriente que los comerciantes montevideanos enriquecidos se conviertan en terratenientes y casen con hijas de patricios. La movilidad social es muy grande entonces.

Los inmigrantes que llegan poco después se encuentran con una sociedad sin tradiciones coloniales, con una gran movilidad y una unidad sobre todo económica de estratificación social. El ascenso se marca por el éxito económico. Pronto los inmigrantes más prósperos empiezan a adquirir fincas en la ciudad e incluso tierras en la campaña, e ingresan así en la mejor sociedad. Los que no alcanzan ese nivel, que son los más, van constituyendo poco a poco una clase media urbana, o una clase proletaria, también urbana. Montevideo (que está en el origen de la creación del Uruguay y siempre tuvo por lo menos un cuarto de la población del país) se habrá de convertir en el centro de la sociedad de inmigrantes. Sus habitantes servirán de clientela para el movimiento de modernización que emprende Batlle y Ordóñez.

En ese movimiento no falta el proceso ideológico. Algunos de los inmigrantes (los catalanes sobre todo) eran portadores de ideas socialistas. Los había incluso anarquistas. Al radicarse en el Uruguay, empiezan a luchar por mejorar las condiciones de trabajo y de vida. Aunque de ideología puramente democrática (su modelo de

estado era Suiza), Batlle recoge también alguna de estas aspiraciones, y ya en 1913 el Uruguay tiene una ley que establece en ocho horas el máximo de la jornada de trabajo. Por esa fecha se empieza a organizar una legislación social de protección del trabajador, se promulgan leyes para las mujeres que trabajan, y se crea un sistema de pensiones y jubilaciones, que dan al Uruguay la estructura de un Welfare State.

La circunstancia de que muchas de estas reformas hayan sido otorgadas a los trabajadores por el estado, sin haber tenido aquellos que luchar trágicamente para conseguirlos (como ocurría entonces en muchos países de Europa y en los Estados Unidos) dio a la legislación social y laboral uruguaya un sello de paternalismo que la misma figura física de Batlle (era un hombre enorme, de gran cabeza blanca, como un fabuloso abuelo) contribuía a situar en todas sus dimensiones simbólicas. Por no haber tenido que extraer lentamente concesiones al capital, por haber establecido casi sin conflictos un sistema de organización sindical muy amplio, por la existencia de una legislación obrera previsor, el uruguayo se acostumbró a que el Estado resolviera todos sus problemas particulares. Esta actitud ya había sido anticipada por los uruguayos de otras clases, que se habían convertido alegremente en clientes del Estado. La consecuencia inmediata fue un aumento incontrolado de los funcionarios públicos y la creación de todo un sistema de prebendas presupuestales. Las finanzas del país se resintieron.

No hay nada más oneroso que un Welfare State, como lo está descubriendo Inglaterra en estos mismos días. El Uruguay creó en los años veinte un sistema de gran generosidad social, pero un sistema muy caro. En aquella fecha, su prosperidad económica era indudable. El peso uruguayo valía más que el dólar; el ingreso por cápita era el más alto de América Latina y uno de los más altos del mundo. Apoyándose en la exportación de carne y lana, de cueros y trigo, el Uruguay podía mantener su oneroso sistema social. Pero la declinación del Imperio británico (principal consumidor de las exportaciones uruguayas), así como la crisis económica de 1929, irían minando poco a poco las posibilidades de mantener el sistema. La segunda guerra mundial y, hasta cierto punto, la Guerra de Corea ayudaron a retrasar la hora de la crisis uruguaya. Sus carnes y sus lanas se han vendido siempre bien en estas ocasiones, como lo documenta la historia del siglo XIX y del XX. Pero las cosas han cambiado mucho en estos últimos años.

Que al Uruguay haya podido conservar hasta hoy un Welfare State, después del terrible golpe que significó, a partir de 1945, la constitución de una Commonwealth de carácter nítidamente proteccionista, más la creación del Mercado Común Europeo y las medidas de auto fomento del capital norteamericano, es prueba de una condición básica de su sistema: la capacidad de compromiso. Pero esa capacidad está seriamente cuestionada ahora que una crisis lleva al estancamiento, a una inflación que sólo se puede combatir con medidas discutibles, a una necesidad de cambiar profundamente las viejas estructuras.

Esa crisis no es sólo nacional, es internacional y afecta a toda América Latina y sobre todo a las naciones que se llaman del Tercer Mundo. Pero el Uruguay, por sus características tan peculiares de país de economía agropecuaria con una estructura social y política de tipo desarrollado, tiene problemas muy difíciles que resolver. La crisis replantea precisamente una vez más el dilema que ha enfrentado del Uruguay desde su mismo origen: ¿Es un estado artificial o es realmente una nación? Antes de intentar contestar esta pregunta conviene examinar el Uruguay desde otro ángulo.

El proyecto nacional

Es muy frecuente que un uruguayo, al encontrarse en el extranjero con un español o un latinoamericano de otra región y ponerse a hablar español, sea identificado como "argentino". En efecto, por la entonación un poco tanguera de la frase, por el uso del "che" o del "vos", hasta por el yeísmo (la ll pronunciada como ye; es decir yave en vez de llave), por el uso de muchas expresiones de una lengua popular que está muy influida por el aporte de

los inmigrantes italianos (el ciao, que allá se pronuncia chau, es tan popular como en Italia); por todas esas características del habla, el uruguayo, sobre todo de Montevideo, es casi indistinguible del argentino, sobre todo de Buenos Aires. Además de los vínculos históricos que sitúan al Uruguay, originariamente, en la misma comunidad que la Argentina, están los vínculos más recientes provocados por el casi monopolio argentino de los medios masivos de comunicación.

La distancia entre Montevideo y Buenos Aires es menor que la que hay entre Montevideo y las ciudades del Norte del Uruguay. Por eso, desde muchos puntos de vista, la capital uruguaya es cliente de la argentina en materia de libros y revistas, radios y estaciones de televisión, compañías teatrales y películas cinematográficas, conciertos y exposiciones de arte. Aunque tenga una cultura masiva propia (4 canales de TV, ocho diarios, una industria editorial adecuada), Montevideo sigue siendo una ciudad satélite de Buenos Aires. Y como Montevideo es el centro de irradiación para todo el Uruguay, esa condición de dependencia se traslada al país entero y explica las similitudes que un extranjero reconoce bien en el que habla.

Por otra parte, desde el punto de vista de la economía general, el Uruguay depende muchísimo de la Argentina, y esa dependencia se ha hecho sentir sobre todo en períodos como el de la dictadura del general Perón (1943-1955) que perturbó y hasta interrumpió las relaciones con el Uruguay, causando graves perjuicios al país. Un humorista se refirió a las barreras interpuestas por Perón como el telón de lata. No es casual, pues, que durante la Revolución Libertadora de 1955, las radios uruguayas ayudaran a los rebeldes, sirviendo de vínculo para la transmisión de mensajes entre el comando de las sierras de Córdoba y la marina rebelde estacionada en el Atlántico. Esta interferencia del Uruguay en los asuntos políticos de la Argentina es un ejemplo apenas de una interferencia mucho mayor de ambos lados.

Porque también el Uruguay influye en la Argentina, aunque en una proporción distinta. Hay una permanente migración de artistas y escritores, de intelectuales y profesionales uruguayos hacia Buenos Aires. Esa migración no es reciente, como lo demuestra el hecho que el primer poeta gauchesco rioplatense (un mestizo uruguayo, Bartolomé Hidalgo) haya desarrollado la parte más importante de su carrera en Buenos Aires; que el mayor cuentista argentino del primer tercio del siglo, Horacio Quiroga (1878-1937) haya nacido en el Uruguay; que también sea uruguayo el dramaturgo más destacado de ese período, Florencio Sánchez (1875-1910); que uno de los pintores que más gozosamente rescata el pasado rioplatense, Pedro Figari (1861-1938), igualmente haya nacido en el Uruguay. Incluso, escritores predominantemente uruguayos, como el novelista histórico Acevedo Díaz, o el ensayista José Enrique Rodó (1871-1917), o el novelista de la gran ciudad de hoy, Juan Carlos Onetti (nacido en 1909), han proyectado su carrera sobre ambos márgenes del Plata. En las artes populares, como el tango, también es notable el aporte uruguayo. No sólo la música nació en los burdeles de Montevideo, sino que el más célebre de los tangos, *La Cumparsita*, es obra del compositor uruguayo E. Matos Rodríguez. Para triunfar realmente en la cuenca del Plata, un uruguayo necesita ser conocido y reconocido también en Buenos Aires.

Otra forma abundante de esa comunicación entre las dos capitales, y de la influencia de una sobre otra, la ofrece el turismo. Como al Uruguay le corresponde la mejor parte del Río de la Plata (donde las aguas son más profundas, la arena más limpia y pura, la costa más accidentada y pintoresca), la costa uruguaya es el lugar de veraneo favorito no sólo de los nacionales sino también de los argentinos. Un intensísimo movimiento turístico que en los meses de enero a marzo (verano en el hemisferio Sur) lleva millones de argentinos a una cadena de playas que se extiende desde Montevideo hacia el Este. El turismo se ha convertido en una gran fuente de ingresos para la economía uruguaya y ahora hasta los brasileños del Sur están viniendo en cantidades considerables a pasar el verano en el Uruguay. Este movimiento está compensado, en parte, por un movimiento de sentido contrario que se produce durante todo el año, de Montevideo a Buenos Aires, y que tiene sus puntos más altos en los meses de invierno, de junio a setiembre. Lo que atrae a los uruguayos es precisamente la gran metrópoli que es Buenos Aires,

seis o siete veces mayor que Montevideo. Así, por el turismo veraniego o invernal, los vínculos entre ambas capitales se estrechan en vez de debilitarse y mantienen una unidad que la división política no ha conseguido destruir.

A pesar de todo esto, hay profundas diferencias nacionales entre el Uruguay y la Argentina. Esas diferencias tienen mucho que ver con el distinto origen de ambas sociedades. En tanto que Argentina llegó a ser la cabeza del Virreinato del Río de la Plata, Uruguay siempre jugó el papel de pariente pobre. En tanto que en Argentina ha habido siempre un grupo oligárquico, de pretensiones aristocráticas, el Uruguay ha tenido una sociedad más abierta y de mayor movilidad. En tanto que en la Argentina la desigualdad entre las clases sociales ha sido muy grande hasta hace poco (una de las mayores reformas que hizo Perón fue la creación de leyes protectoras del obrero, treinta años después que las leyes similares uruguayas), en el Uruguay se ha tendido a la constitución de una sociedad bastante igualitaria, con predominio muy claro de la clase media. En tanto que el ejército argentino fue realmente liberador y fundador de la patria (San Martín, uno de los más brillantes generales latinoamericanos, es el verdadero padre), en el Uruguay el ejército fue mucho menos profesional y más improvisado, y hasta el héroe nacional, Artigas, es un caudillo derrotado y que muere en el exilio. En tanto que el aporte inmigratorio de la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del XX encuentra en la Argentina una sociedad de clases y de amarga injusticia social, en el Uruguay ese aporte inmigratorio es decisivo para acentuar la tendencia a la igualdad y a la justicia. Por todo eso, la sociedad uruguaya es mucho más democrática que la Argentina.

Esta diferencia se refleja en el distinto destino político de ambos países. En tanto que Argentina sale del período de revoluciones y guerras civiles posterior a la independencia para convertirse en un país controlado por los militares, el Uruguay liquida los regímenes de fuerza en 1880 y entra en la vía civilista de la que no se ha apartado hasta ahora. El proyecto nacional en el Uruguay es el de una sociedad igualitaria, y eso explica su fisonomía tan particular y diferenciada en el contexto de América Latina. Aún hoy, en que la crisis económica parece empujar al país a soluciones de fuerza y enfrentamiento de grupos y clases, el carisma de la idea igualitaria ha evitado males mayores.

La vida cotidiana

En la vida cotidiana también se reflejan estas diferencias básicas del proyecto vital tal como se realiza en ambas márgenes del Plata. Hasta hoy, el Uruguay ha conservado las tradiciones básicas de una sociedad que no niega sus orígenes sino que busca integrarlas en una realidad permanente. Así, la tradición gauchesca está más viva en el Uruguay que en la Argentina, como lo pone en evidencia el culto por el campo, el gaucho, el caballo y todas las actividades rurales; ese culto encuentra su mayor expresión en la Semana Criolla (que coincide en el almanaque con la Semana Santa). En esa fecha se organizan en Montevideo espectáculos de doma de potros y otras pruebas de destreza gauchesca equivalentes a los rodeos texanos, y que mantienen [...] viva una tradición.

Otra tradición viva es la del Carnaval. Aquí el principal aporte es del contingente negro de la población. Aunque históricamente pequeño, su influencia en la música y en las fiestas de carnaval es grande. En el tango y, sobre todo, en la milonga se deja sentir mucho. Pero donde es mayor es en el candombe, que utiliza ritmos e instrumentos típicamente africanos. Montevideo fue puerto de entrada del tráfico de esclavos durante todo el siglo XVIII y mitad del XIX (la esclavitud fue abolida en el Uruguay en 1842); de ahí que haya proporcionalmente una mayor población negra en dicho país que en la Argentina. Después de la liberación, los negros se diluyeron bastante en la sociedad uruguaya. Aunque existen formas sutiles de discriminación, que han sido denunciadas las autoridades y la prensa. (No hay empleados negros en las grandes tiendas de Montevideo aunque sí hay profesionales negros), la verdad es que la legislación uruguaya no tiene ninguna reglamentación discriminatoria. Cuando el novelista norteamericano Richard Wright visitó Montevideo en 1949 y pidió a sus acompañantes que lo

llevaran a conocer el barrio negro, fue difícil convencerlo de que no había tal barrio y que los negros vivían en todas partes. Aun así, la mayor contribución de este grupo étnico al Uruguay es en el terreno de la música, o como fuente de inspiración y tema de las fiestas populares de Carnaval. En este aspecto es considerable, asimismo, la influencia del folklore negro del Brasil.

El impacto de la inmigración en la vida cotidiana se manifiesta sobre todo en la habitación y en la comida. Las estructuras coloniales son escasas en Uruguay. Hay algunas, hermosas, en Colonia y también las hay en Montevideo y Maldonado. Pero en general, el Uruguay es una creación del siglo XIX y la expansión del país corresponde al momento de mayor aporte inmigratorio. De ahí que prototipos españoles e italianos hayan servido para la edificación de fines del siglo XIX en adelante. Es cierto que ha habido una gran influencia de la cultura francesa, en los modelos artísticos y en la educación y planes de estudio, pero en la arquitectura la mayor influencia ha sido hispano-italiana, como lo certifican algunos monumentos públicos de la capital.

De la comida, los inmigrantes aportan la cocina mediterránea a una dieta nacional que era de enorme simplicidad y pobreza: carne asada, con pocas legumbres, y rociada con aguardiente y mate. Aunque esta dieta básica no ha desaparecido del todo (las churrasquerías proliferan aún hoy en Montevideo), está muy contaminada por las pastas italianas o los guisos españoles. Más recientemente, la invasión de productos industriales de los Estados Unidos (desde la Coca-Cola hasta las comidas precocinadas) está alterando un poco los hábitos dietéticos del país. Pero, básicamente, ciertas tradiciones de la cocina criolla o de la cocina mediterránea no se pierden. Como ambas tradiciones se basan en una alimentación rica en calorías no es casual que el uruguayo sea uno de los pueblos más gordos de la tierra. Incluso los obreros allí parecen gordos, lo que constituye una paradoja más de este país exótico.

El aporte de los inmigrantes a la cultura literaria o artística es inmensurable. No sólo algunos de los mayores creadores (como el músico Eduardo Fabini, o el pintor Joaquín Torres García, 1874-1949) son descendientes directos de inmigrantes, sino que la cultura uruguaya entera es inconcebible sin el aporte inmigratorio. Es una cultura sobre todo europea, con perspectivas mediterráneas y coloración latina. El mayor esfuerzo nacional ha sido precisamente integrar esa visión en un contexto latinoamericano. Algunos grandes poetas, como Juan Zorrilla de San Martín (1855-1931) o Julio Herrera y Reissig (1875-1910), lo han logrado; también en el ensayo, el filósofo Carlos Vaz Ferreira (1873-1958) y, sobre todo, José Enrique Rodó, cuyo *Ariel* fue el Evangelio de la juventud latinoamericana de la Belle Époque, o en la novela y el cuento, Horacio Quiroga, Javier de Viana (1868-1926), Carlos Reyles (1868-1936) y Enrique Amorim (1900-1960). En el teatro, sólo lo ha logrado Florencio Sánchez. Un aporte considerable de la cultura uruguaya a las letras latinoamericanas ha sido la poesía femenina, desde María Eugenia Vaz Ferreira (1875-1924); Delmira Agustini (1886-1914), la más incandescente; Juana de Ibarbourou (1895) y Sara de Ibáñez (1909) hasta Idea Vilariño (1920). Un aporte aún más esotérico a la cultura latinoamericana, y europea, es la serie de tres poetas franceses que nacieron en el Uruguay: Lautréamont, el gran precursor del surrealismo; Jules Laforgue y Jules Supervielle. Estos lazos de poesía a través del Atlántico demuestran una vez más la raíz latina de la cultura uruguaya.

Conclusión

Un país subdesarrollado, con una estructura económica de país desarrollado; una población que se somete al control de la natalidad por voluntad propia y que tiene una gran homogeneidad racial, cultural y hasta política; una ubicación geográfica que sitúa al Uruguay en condiciones más parecidas a las del centro de Europa o el centro de los Estados Unidos que del resto de América Latina; una tradición igualitaria y democrática que se remonta a los orígenes mismos del país; un sistema político que busca el equilibrio de dos grandes partidos, que permite la mayor libertad en el juego democrático y el máximo compromiso en la convivencia real; una legislación

social que es la más avanzada de América Latina y sienta las bases de una sociedad sobre todo igualitaria. Estas características hacen del Uruguay no sólo un país exótico en el contexto latinoamericano, sino un país muy particular en cualquier contexto que se busque.

El problema que se ha planteado recientemente al país, problema traído por la crisis económica reciente, es el mismo viejo problema de su viabilidad como estado independiente. Una vez más se pone en evidencia que ese país exótico, esa Utopía de ciento cincuenta años de duración, es un país no viable. Excavado dentro de la cuenca del Plata por la voluntad del Imperio británico, mantenido en su independencia por la rivalidad de sus dos poderosos vecinos, el Uruguay sufre de ser un Estado artificial, un buffer state, una creación impuesta desde fuera por intereses extranjeros. Pero al mismo tiempo sufre por una crisis de identidad nacional. Porque ese estado no es tan artificial como parece a primera vista y porque el pueblo que se ha radicado en su territorio ha ido descubriendo poco a poco su identidad como nación.

De modo que la crisis actual no hace sino plantear en nuevos términos (subdesarrollo, revolución tecnológica, Tercer Mundo) los viejos problemas básicos del país. Y por lo tanto, este nuevo planteo requiere nuevas soluciones. Si el proyecto nacional uruguayo –de Artigas a Batlle- sufrió tantas modificaciones y ajustes, es necesario que continúe sufriendolos para que sea posible su continuación como estado independiente. Salvo que hoy en día se ha visto que las pequeñas naciones independientes no son viables. Si Francia e Italia, si Alemania e Inglaterra, buscan integrarse en un Mercado Común Europeo, no es sorprendente que en América Latina también se advierte la necesidad de la integración. Esa integración va contra los intereses de las oligarquías nacionales y, también, contra los intereses de las grandes potencias. Para el Uruguay, sin embargo, la integración es el único camino posible. Es, por otra parte, el viejo sueño de su héroe nacional: las Provincias Unidas del Río de la Plata. A ese viejo sueño el Uruguay de hoy puede aportar sobre todo un elemento muy valioso en América Latina: una población homogénea, de alto nivel de educación y preparación técnica, el material humano sin el que no es posible construir realmente ninguna Utopía.

Emir Rodríguez Monegal,

Yale University”